

que fundaron la unidad de Francia; pero los Valois no podían hacerlo, y mucho menos su jefe á la sazón, Catalina de Médicis. Esta mujer, que debía pasar en la posteridad como la representante más feroz del espíritu reaccionario, consumió su vida en buscar acomodamientos y paces entre católicos y calvinistas.

A este fin daba edictos y más edictos, contradictorios unos con otros, nacidos de las circunstancias todos y no del derecho, encaminados á mantener el equilibrio inestable de las contrarias fuerzas, y en los cuales unas veces se sacrificaba la libertad á la intolerancia, y otras veces el catolicismo y sus privilegios á la libertad y sus derechos, según lo pedían las necesidades varias de la política y el empuje diverso y fluctuante de las circunstancias. Así reunió Catalina una gran conferencia de católicos y protestantes en el vasto refectorio de los dominicanos de Poissy. Oía entonces la Reina viuda los consejos del canciller L'Hopital, quien, alzándose con vigor sobre las supersticiones de su tiempo, defendía la libertad religiosa como un hombre de nuestro siglo. Así debió, con razón, presidir aquel congreso de concordia. Y lo presidió resuelto á buscar un término medio, que conciliando la oposición de los extremos, diese paz á los ánimos y paz á los pueblos. Para granjear mayor autoridad al convenio, hallábanse presentes los individuos todos de la real familia y los más célebres doctores de una y otra Iglesia. Por boca de L'Hopital habló la concordia; después de L'Hopital habló el cardenal Tournon para dar gracias á los asistentes, llevados allí por sabio espíritu conciliador; y después de Tournon, el célebre orador calvinista Teodoro de Beza. El discurso de tan sabio reformador tendió con arte á la conciliación estrecha, pero en las bases fundamentales del calvinismo militante. Así, habló de la justificación por la fe sola en Cristo, y de la reducción de todo principio de autoridad al texto de los libros revelados. Reduciéndose luego á la Eucaristía, principal motivo de divergencia en el protestantismo, sostuvo que Cristo estaba tan alejado de la hostia y del cáliz como el cielo de la tierra, y que solo podía tenerse la Eucaristía por una conmemoración espiritual, toda del alma, y consistente de suyo en puras y abstractas ideas. Sordos murmullos contestaban á estas heterodoxas proposiciones. El cardenal, enrojecido el semblante poco más ó menos como el traje, dijo, fuera de sí, que solo por un sentimiento

de respeto á los reyes había oído tanta blasfemia. Catalina balbuceó algunas excusas, y dijo que á otra sesión se remitía la respuesta indispensable á las palabras de Beza. En efecto, á otra sesión pronunció el cardenal un discurso en defensa de la Iglesia católica y de sus dogmas y de sus cánones. Y cuando ya estaba el discurso concluido deslizó Lorena, cardenal también y jefe de los Guisas, en lo eclesiástico, una proposición, la cual afirmaba el dogma de la Eucaristía, pero en sentido luterano, como resuelto á perder á los calvinistas cogidos en una debilidad impropia de la rigidez é intransigencia naturales á su fortísimo temperamento. En la Iglesia era la Eucaristía una trasustanciación; y en el Luteranismo una consustanciación; y en el Calvinismo una conmemoración. No hubo medio de avenencia. Los conciliadores de todos los partidos quedaron burlados. La Reina madre no llegó á la transacción deseada; los calvinistas no llegaron á la libertad; los Guisas no llegaron á la separación del calvinismo francés y del luteranismo alemán, como habían deseado en su maquiavélica perfidia. El combate quedó en suspenso, pero amenazador, y los combatientes quedaron en las respectivas posiciones antes ocupadas, mirándose con saña igual y apercibiéndose á formidables combates.

A principios de enero, el año 1562, dióse un edicto de tolerancia, el cual reconocía y legalizaba la existencia del Calvinismo. Saber los Guisas la promulgación de tal edicto, y apercibirse al combate, obra fué de un momento; saber Condé la resolución de los Guisas, y apercibirse á la defensa, fué obra también de otro momento. El combate comenzó por intrigas para concluir por matanzas. Los Guisas trataron de arrancar á Condé su Alemania, en la cual todo Protestantismo debía sostenerse y apoyarse, aun á riesgo de apostatar ellos del Catolicismo; y trataron de separar también de Condé á Navarra, aun á riesgo de tener que dar á este alguna compensación por la merma de su feudo. Guisa volvió á París para urdir todas estas intrigas; y en el camino presenció la horrible matanza de Vassy, donde quedaron heridos cien calvinistas y muertos más de sesenta. Su ingreso en la capital, por lo mismo que venía manchado de sangre protestante, se asemejó á un triunfo romano. Grandioso ejército le precedía y le acompañaba; corte brillantísima, con todos los esplendores propios de los más altos poderes, le circundaba; el pueblo le

aclamaba. En la carrera encontró Guisa nada menos que á Condé, quien, para ir á unos oficios calvinistas y volver de unos oficios calvinistas, necesitaba nada menos que quinientos caballos de guardia. Aquel encuentro equivalía en el fondo á un simulacro. Los que ahora se mezclaban por el acaso en las calles, debían mezclarse mas tarde también, pero en confusión espantosa, para combatirse á muerte en los campos de batalla. Guisa ganó por la mano á Condé, y yéndose á Fontainebleau, cogió al rey Carlos IX, y se lo llevó al castillo de Vincennes, mientras su rival fortificaba el opuesto lado de la gran metrópoli, el puente de Saint-Cloud, para emprender operaciones análogas. Una vez dueños del rey los Guisas, disolvieron por fuerza las reuniones protestantes, quemaron los púlpitos donde hablaban los predicadores y los bancos donde se asentaban los fieles, á la voz del cardenal de Lorena, que sembraba la cólera como una furia del infierno. Al ver tal tiranía en Paris, la revolución calvinista se propagaba por todas las provincias. La matanza de Sens le dió un motivo y la provocó al desquite. Francia entera cayó en las llamas de universal incendio. El degüello se extendió por todas partes. Sucumbían unas ciudades en poder de tal bando y otras ciudades en poder de tal otro. En vano se daban sangrientas batallas, como la batalla de Dreux; los combatientes sin distinción de vencedores ni vencidos juraban volver á comenzar con mayor fuerza y cumplían su juramento.

Los resultados de tales combates eran bien funestos para todos. El general Saint-André perdía en ellos la vida; el condestable Montmorency la libertad; y el Almirante, á quien le repugnaba tanto la discordia, se iba con sus gentes á Normandía, en busca de recursos y auxilios para continuar aquella guerra. Guisa, mientras tanto, sitiaba la capitalidad central del Protestantismo, es á saber, la ciudad de Orleans. En su furor señalábala para el saco primero, para el incendio luego, para la extirpación y el exterminio por último. «No volverán, decía, los nacidos á ver á Orleans; lo mataré todo allí, hasta los gatos.» El Protestantismo debía concebir un odio implacable á tal caudillo de la idea católica; y este odio implacable debía engendrar un fanático de aquellos, á manera de los tribunos antiguos, que creían acto meritorio y virtuoso el asesinato. Había entonces en el campo católico un hugonote llamado Poltrot, quien, prisionero en San Quintin, pasara largo tiempo en España, y

durante todo este largo tiempo creciera, por motivo y razón de su propio cautiverio, en odio al Catolicismo. Allí concibió mil veces la idea de matar al Rey ó al Papa, en su pugna eterna con la fe ortodoxa, y no pudiendo lograr su intento, juró matar al vice-monarca ó vice-Papa, que se llamaba Guisa brazo derecho del catolicismo universal. Así, decía frecuentemente, mostrando á sus camaradas la mano: «esta, creedlo, acabará con el Duque de Guisa.» Muy disimulado y muy astuto, además de muy valeroso y muy resuelto, inscribióse con perfidia en las huestes que sitiaban á Orleans, y se distinguió por su piedad católica tanto como por su arrojo militar. Su color moreno y su pronunciación meridional diéronle fácilmente un apodo, el apodo de españolito, y este apodo dióle facilidades mayores aun para granjearse verdadera confianza entre los mas exaltados católicos. Guisa le ofreció un potosí en larga conversación, si entraba en Orleans y hacia saltar los polvorines. Mas la pólvora guardábala Poltrot para el Duque. Así, en el día de perpetrar su crimen, rezó, como si fuese á un acto de caridad y de amor. Y después de rezar sintióse, como todos los fanáticos, iluminado por un resplandor celestial, mantenido por una fuerza divina. Y emboscándose, allá en selva gala, tras árbol secular, junto á solitaria encrucijada, por donde había de pasar el Duque á cercano castillo, habitación de su joven esposa, le aguardó y le atisbó con el arma preparada y al ojo, como atisba y aguarda el buen cazador su codiciada presa. Tiróle á seis pasos, y le metió las balas de su arma en el cuerpo. Trasladado al castillo, que no estaba muy alejado del sitio de la catástrofe, creyóse al pronto que no estaba herido de muerte. Pero entonces los asesinos eran muy consumados en su arte de matar; y Poltrot envenenó sus balas para que la víctima no escapara por ningún lado á la muerte. Murió, pues, Guisa, como había vivido, ahogado en sangre. Sus funerales llegaron á tener la grandeza de clásica apoteosis. Su cuerpo fué glorificado como el cuerpo de un santo bajo las bóvedas de Nuestra Señora. Y mientras tales funerales se celebraban, Poltrot moría en plaza bien cercana, desde la cual hubiera podido en su hora última oír, no solo el repique de las campanas como era natural, sino también los acentos del órgano. Atáronlo desnudo á un poste. El verdugo le arrancó la carne de los brazos y de las piernas con tenazas enrojecidas. Después le ataron á cuatro caballos las extremidades.

Aunque los jinetes, caballeros sobre las cuatro bestias, espoleaban sus ijares, no lograron romper aquel fuerte cuerpo, aun tirando cada una de ellas con fuerza por su lado. Los curtidos músculos guardaban con mayor fuerza todavía la unidad del organismo, y al par de la unidad del organismo la vida. El verdugo trajo entonces una cuchilla de carnicero; y fué abriendo las carnes y quebrantando los huesos, para que la disyuncion se consumara mas pronto. Los caballos se llevaron brazos y piernas, pero el tronco aun palpitaba y aun vivia. Entonces el verdugo por misericordia, le cortó la cabeza, que no dejó un momento de proferir anatemas contra la crueldad de sus verdugos é invocaciones á la justicia del cielo.

A los cuarenta y cuatro años Guisa habia defendido á Metz contra Carlos V, y tomado á Calais contra los ingleses. El catolicismo perdió al morir el Duque su mas fuerte columna; y el Calvinismo respiró con desahogo. Un niño de doce años heredó á tan alto príncipe. Y no solo heredó su nombre y su sangre, sino la energía de su voluntad, la luz de su inteligencia, el tumulto de sus pasiones, la propension á los combates, las miras ambiciosas, las cualidades y la idoneidad para la guerra. Mas, necesitaba del tiempo, y con el tiempo no desmereció de su padre. Catalina se halló con Guisa y Antonio de Navarra muertos; Condé y Montmorency, prisioneros; Lorena y Coligny ausentes; la corona de los jefes del partido católico en las sienes de un niño, la corona de los Borbones en las sienes de otro niño llamado en lo porvenir á ser Enrique IV, y reanudó la paz religiosa con nuevo Edicto y reunió los príncipes de las fracciones disidentes en nuevas y mas seguras concordias. Pero la viuda de Guisa demandaba venganza; y esta venganza bien fácilmente podia encender por los cuatro costados la mas horrible guerra. Catalina, en su deseo de predominar, procuraba por todos los medios imaginables la paz. Así llamábanla reina sin religion los católicos exagerados, como llamaban á Francia nacion perdida, y á la dinastía de los Valois y á los gentiles hombres todos hatos de verdaderos herejes. La muerte de Guisa influyó hasta en el Concilio de Trento, donde Lorena, desde tan súbito caso, abandonó las ideas conciliadoras con el protestantismo y los protestantes hasta entonces por él mantenidas y se inclinó al intransigente sistema ultramontano español. Por estos dias se verificó en Bayona la entrevista del

Duque de Alba é Isabel de Valois, con Catalina de Médicis y Carlos IX de Francia. En vano los dos representantes de la monarquía española quisieron llevar á la intolerancia mas horrible á los dos representantes de la monarquía francesa; estos se inclinaban á la paz religiosa y no podian convenir con las miras inquisitoriales de Felipe II. Así, al regreso de Bayona reunieron los jefes de los partidos opuestos y les obligaron á la paz. La viuda de Guisa renunció á su reclamacion, y el almirante Coligny retó á cuantos mantuviesen que habia tenido parte alguna en la muerte de su poderoso rival. El cardenal de Lorena tambien tuvo que asentir á la concordia; la paz parecia sonreir sobre aquel reino. Pero quien hubiese mirado con calma el fondo escondido bajo tan risueña superficie, viera latir la guerra implacable. El jóven Duque de Guisa, venido desde Hungría para presenciar el pacto, no dijo palabra, manteniéndose con cuidado en una reserva bien impropia de sus juveniles años, pero bien propia de sus prematuras ambiciones. El cardenal de Lorena y el canciller L'Hopital riñeron por la mayor ó menor tolerancia con los protestantes; y en su riña escandalosa cruzáronse calificativos tabernarios. Los jefes hugonotes trataron, pues, de hacer con la corte que se hallaba en Monceaux lo mismo que habian hecho los jefes católicos cuando la corte se hallaba en Fontainebleau: cautivarla. Fracasó la conjuracion porque, informada Catalina de Médicis á tiempo, se fué con su hijo á Paris desalada en busca de un refugio. Pero el resentimiento no se acabó con tanta facilidad; y dos guerras siguieron á este falso tratado de paz.

En las alternativas de ambas, las fuerzas de todos los partidos se agotaban; y el predominio de la corte sobrevenia. Esta corte iba formándose con elementos cada vez mas propensos á suprimir por la fuerza el calvinismo. Reinaba entonces con mayor imperio que habia reinado jamás Catalina de Médicis. Sus entrañas de madre solo se conmovian á la vista del mas italiano de sus hijos, el duque de Anjou, dotado de claro ingenio, pero falto de todo sentimiento; perverso en sus instintos; corrompido en sus costumbres; tomado del amor á las artes, porque le divertian y le afeminaban; vestido con el lujo de una mujer; perezoso como un sultan; débil como un niño; muelle y blando; con pendientes en las orejas, brazaletes en las muñecas, adoves en las mejillas, perfumes en todo el cuerpo, corte de miñones á su alrededor,